

TODOROV, Tzvetan 2014, *El espíritu de la Ilustración*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, trad. Noemí Sobregués. ISBN 978-84-672-3042-0, 145 páginas

En el presente volumen, Todorov expone el pensamiento de la Ilustración en relación con la actualidad. Las referencias a Turgot, Lessing, T. S. Eliot o Solzhenitsyn, y a Hegel, Kant, Marx o Hume, pero sobre todo a Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Condorcet y Juan Pablo II, conforman un conjunto de observaciones filosóficas, ideológicas y sociales que ayudan a Todorov a trazar una síntesis genealógica en la que se hallan las causas y consecuencias de la Ilustración. Esta edición, dividida en ocho partes precedidas de una breve introducción, cuenta con una estructura que avanza cronológica y temáticamente.

El libro comienza con una aproximación descriptiva del objetivo que marcaron los ilustrados: “En la base de dicho proyecto podemos encontrar tres ideas, que a su vez nutren sus incalculables consecuencias: la autonomía, la finalidad humana de nuestros actos y la universalidad” (10). Como la autonomía está vinculada a un conocimiento que tiene dos únicas fuentes, la razón y la experiencia, entonces el filósofo es sustituido por el sabio, un sabio elegido por el cientificismo que desde Newton hasta Darwin propone el conocimiento experimental como una herramienta accesible a todos. Entre tanto, la soberanía se convierte en un principio superior regido por el pluralismo y el laicismo; la Ilustración trae consigo su propia regulación y con ello el *humanismo*: la única restricción que limita la libertad es la *universalidad* del derecho natural, los derechos inalienables focalizados en el derecho a la vida y a la integridad física. En este sentido, los primeros cuatro puntos formulan las críticas o acusaciones al planteamiento de la Ilustración, y analizan las consecuencias de lo criticado, es decir, las posibles carencias, incapacidades o errores cometidos a raíz del proyecto de la Ilustración. Así, se mencionan como reproches a la Ilustración los fundamentos ideológicos del colonialismo europeo del siglo XIX y los exterminios, encarcelamientos y sufrimientos infligidos a millones de personas durante los totalitarismos del siglo XX; se definen la autonomía y el laicismo como consecuencias actuales y, durante los últimos cuatro puntos, se muestran con mayor claridad los resultados más drásticos de la Ilustración: el moralismo y el cientificismo prevalecen sobre la verdad y las opciones políticas se hacen pasar por deducciones científicas.

Se trata de una crisis en la que no se cuestiona el conocimiento porque se da por sentado que el conocimiento es la razón conceptualizada o matemática extraída de la experiencia, en oposición al mito, el pensamiento o la poesía; se da por sentado que el “conocimiento” está al alcance de todos porque todos pueden experimentar el medio. Por un lado, parece que el conocimiento es solo aquello que técnicamente es perceptible y puede ser medido, pero por otra parte el hombre pretende conocer aquello cuyo acceso no es el de la manipulación del medio o la descripción matemática y, así, el conocimiento en relación con la verdad de los sucesos históricos, políticos y sociales se somete a voto porque en realidad ya ni siquiera importa la verdad, sino la conveniencia de la utilidad, lo que recuerda a Nietzsche cuando en *Verdad y mentira en sentido extramoral* ya advertía que los hombres no huyen de la mentira, sino de los perjuicios de la mentira, y no buscan la verdad salvo que esta suponga un beneficio. De este modo, se pasa del consenso de la verdad, es decir, del consenso de lo que se dice que es verdad cuando en realidad no es más que el consenso de lo beneficioso para una mayoría —o eso se dice—, al consenso de la finalidad de los hombres, que ya no es la salvación en el más allá en relación con unos parámetros supremos en la tierra, sino la proliferación de la mediocridad de los valores en pos de una felicidad que quiere conquistarse en vida.

En definitiva, lo que se produce desde la Ilustración hasta la actualidad es la paulatina desintegración de los valores morales y espirituales de la religión y la tradición mientras se produce el progreso cuantitativo —habría que cuestionar si cualitativo— de un conocimiento matematizado, laico y, sobre todo, regido no ya por las leyes divinas, sino por las leyes de los hombres, es decir, por el Derecho, y de ahí que Todorov mencione una y otra vez a Beccaria. De lo que se trata finalmente es de examinar, como hace en el último punto Todorov, la vinculación entre la Ilustración y la Europa actual, es decir, de analizar por qué se produjo el proyecto de la Ilustración y si el presente es la persecución o la consumación de los objetivos que los ilustrados se habían propuesto y si, además, todo esto sigue perteneciendo a aquella Europa que, más allá del Derecho romano y la religión cristiana que Todorov recuerda, se remonta a la belleza, la fuerza y el conocimiento; es decir, habría que plantearse desde el presente si Europa sigue siendo la Europa de Homero o si acaso estas consecuencias posibles o no de la Ilustración, pero ante todo patentes en la actualidad, conforman o no la esencia de Europa. Sucede que aunque en este libro Todorov formula el proyecto de la Ilustración y las consecuencias de la misma, conduce con sus descripciones y citas a concluir que es la multiplicidad de los distintos países europeos lo que llevó al consenso de los mismos a buscar una conexión —paradójicamente sin unidad— en esa extrema diversidad, lo que hizo que se conjeturase la *Enciclopedia* para el conocimiento, y la democracia para la

sociedad, y lo que a su vez se desarrolla mostrando todas las posibilidades de Europa, algo que en Oriente no ha sido posible a causa de la falta de diversidad social, vital y política.

Cabe cuestionar las palabras de Todorov y plantear hasta qué punto no es la diversidad o la multiplicidad lo que posibilita la Ilustración en Europa y su consecuente actualidad de relativismo, olvido de la tradición y pastiche, sino más bien su riqueza, es decir, si no se podría pensar en Europa como en una concentración de riqueza que en realidad no procede eminentemente de la diversidad religiosa, artística o política, sino del valor de sus raíces que, ante todo, se fundan en el conocimiento, pero no en un conocimiento arraigado en este desenlace científico y moral donde solo importan la técnica y el Derecho mientras que estos redunden en beneficio de un bien que se llama felicidad, sino en un conocimiento filosófico que partía del pensar y que no concebía el bien sin la verdad, como parece que sí se concibe en la actualidad.

Un lector de *El espíritu de la Ilustración* podría empezar preguntando si el título del libro es fiel al contenido y si el contenido no es, en realidad, un error de cálculo. Porque no es lo mismo la Historia del Hombre que la Historia de los hombres, y Todorov se centra en los hombres pero no en el Hombre. Resulta pretencioso escribir sobre la Ilustración sin explicar qué es la Ilustración; sin trazar una genealogía cuyas capas no sean históricas sino filosóficas, lo que conduciría a pensar sobre la esencia de la Ilustración y, con ello, sobre la posibilidad o imposibilidad del conocimiento. Sin conocer los límites de aquello que se está tratando, es decir, sin más expectativa que la síntesis de distintos contextos históricos y sus desenlaces, el texto queda empobrecido y reducido a la exposición de lo que ha sucedido o de lo que se dice sobre lo que ha sucedido. Pero el filósofo busca la verdad, y la verdad no está en lo que sucede o en lo que se dice sobre lo que ha sucedido, sino en saber qué es la verdad; en saber si el conocimiento es un umbral a la verdad y, en caso de que así sea, qué es el conocimiento.

¿Es lo mismo el conocimiento que la información? ¿Pensar es opinar? Tal vez lo sorprendente de este libro es que el lector se halla, de repente, leyendo o releiendo información; leyendo o releiendo opiniones como si estuviese ante un manual, y no ante alguien de quien se espera un conocimiento que trascienda la información o un pensamiento que deje en evidencia que opinar no es pensar y pensar no es opinar. Por decirlo de alguna manera, es posible leer a Descartes sonriéndose porque ha indicado el horizonte de cinco siglos, pero no es posible leer este libro sin que lo prescindible y lo descriptivo muestren las flaquezas de quien no está filosofando. Precisamente por eso el lector se ve invitado a filosofar, a preguntar cómo es posible que quien describe las carencias de la Ilustración —como así hace Todorov— cometa el mismo error que los

ilustrados: describir sin explicar y conocer sin saber. Es entonces, quizá, cuando surge la idea de pensar en el conocimiento como aquello que no se encuentra en el almacenamiento de sucesos o en la recopilación de citas, fechas y nombres, sino en un estado de lucidez cuyo temple de ánimo, como ya señalaba Nietzsche y recordaba Heidegger, posibilita vivir en la filosofía, una vivencia en la que la historia, la sociología o la política resultan anecdóticas en comparación con la propia búsqueda; una vivencia en la que tiene cabida la crítica cultural pero no la crítica social, y en la que la historia, desvinculada del pensamiento, carece de sentido e imposibilita la comprensión del Hombre si lo único que se hace es describir el comportamiento cronológico de los hombres.

La lectura de *El espíritu de la Ilustración* resultará estimulante para todo aquel que precisamente no parta de la Ilustración, es decir, que no parta del consenso del conocimiento y, con ello, de la estupidez del consenso del bienestar, sino más bien de la búsqueda de la verdad, lo que sin duda alguna le llevará a pensar que tal vez la única Ilustración europea y las únicas luces se hallasen en la antigua Grecia.

ALBA RAMÍREZ GUIJARRO

*Universidad Pontificia de Comillas-Madrid*